



Luis Ross, R.H. y Unamuno

1864-1936

Entre unos vistazos periodísticos del historiador porteño-melipillano de cuna don Roberto Hernández, estrictos en la objetividad y en lo subjetivo, y el juicio crítico y rotundo de Unamuno aparece la figura de Luis Ross Mujica, escritor chileno muerto muy joven. El episodio es breve.

Fue en 1907. R.H. lo vio partir en su último viaje: a Europa. Unamuno, pudiera decirse, lo vio morir, pues su muerte le llegó a lo hondo de la parte de su alma que había consagrado a Chile.

El día de la partida de Ross se hallaba don Roberto Hernández en el balcón de su oficina de "El Chileno". Buscaba seguramente en la contemplación del viejo puerto algún perfil, matiz o escena que pudiera entregar a los lectores. De pronto vio en la calle a una pareja que lo saludaba levantando los brazos. Eran Luis Ross y su esposa, Matilde Brandau, que venían a despedirse, pues ese mismo día se marchaban a Europa.

Almorzaron juntos.

Fue aquél ciertamente el último adiós. Dos o tres copas, risas, brindis y el abrazo final, estrecho y entrañable: fue todo. Horas más tarde, la proa del barco que llevaba a los viajeros deshacía en espumas las aguas del puerto, dejando en el muelle muchos pañuelos en alto, ansiedad y lágrimas. Nuestro historiador y el escritor eran muy amigos, a pesar de que sus ideas no se aventan. R.H. lo atribuía a su juventud.

Luis Ross Mujica partía al Viejo Mundo en una importante misión gubernamental. Su esposa, doña Matilde, educadora y abogada, iba comisionada para estudiar en los centros europeos materias relacionadas con los liceos de niñas.

El joven escritor chileno fue el que más se acercó al espíritu de Unamuno. "Fue Ross, escribió el rector salmantino, quien me enseñó a comprender y a querer a Chile". En sus cartas don Miguel encontró siempre encendida honradez y aliento sereno y noble, que se expresaba en un estilo sencillo. Ross Mujica le enseñó al pensador vasco, sin "brillanteces falsas ni retorcimientos" cosas que Unamuno detestaba: con un "estilo sano" a conocer a Chile, su gente, su suelo y su espíritu.

Luis Ross estuvo en España y la amó, como debe amársela: de todo corazón. En Madrid no lo deslumbró el brillo ni los espejismos de la capital, como dijo el escritor paraguayo Julio

ron su fuerza espiritual y su tradición. En Sevilla, más que el pintoresquismo de una fiesta gitana, lo entusiasmó la plenitud andaluza. En Granada, en Galicia, en Salamanca fue igual: iba más allá del monumento, de la figura, del contorno superficial. "Vino a asomarse a las almas", escribió Chávez.

Ross y Unamuno.

El encuentro fue en Salamanca, en cuya universidad don Miguel enseñó. Allí se apretaron las manos con una amistad que parecía unirlos desde la infancia, según dijo don Miguel. Y agregó el rector salmantino: "No me había engañado el hombre de las cartas".

Pasearon muchas veces por la Plaza Mayor y charlaron largamente. Más que un hombre, Luis Ross Mujica era para Unamuno un niño, "como lo son todos los hombres verdadera y honradamente buenos". Tal era su opinión.

Ross le pareció también un patriota, no un patriotero. Sus amigos españoles decían también de él: "No pare-

"Buscaba seguramente en la contemplación del viejo puerto algún perfil, matiz o escena que pudiera entregar a los lectores. De pronto vio en la calle a una pareja que lo saludaba levantando los brazos..."

ce americano". Sí, confirmó el escritor vasco. Y añadió esto: "No parecía americano, ni chileno, ni español, ni nada de esto; parecía hombre, homo".

Luis Ross Mujica murió en Madrid el 23 de octubre de 1908, luego de una operación de apendicitis de urgencia. Era un caso perdido, según dijo el doctor Edwin Reed, quien se hallaba en España con su esposa la señora Laura Valenzuela, y vio al joven escritor ya agonizante.

Cuando recibió el telegrama que le anunciaba la triste noticia, Unamuno no quería creerlo. Luego dijo: "Hasta esta desgracia ha de tener nuestra pobre España, pensaba yo con el luctuoso telegrama en la mano, hasta esta desgracia de que cuando viene a ella un alma noble, comprensiva, limpia de recelos, ansiosa de verdad y de amor, nos la lleva Dios al punto".

"Sólida esperanza de Chile". Así habló de él don Miguel de Unamuno. "Carácter muy entero, gran espíritu de estudio, laboriosidad". Y así lo hizo R.H.

178123

el Mercurio, Valparaíso, 28. IV. 1990 p. 3.

Luis Ross, R. H. y Unamuno [artículo] Guillermo Arrieta Muñoz.

Libros y documentos

AUTORÍA

Arrieta Muñoz, Guillermo

FECHA DE PUBLICACIÓN

1990

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Luis Ross, R. H. y Unamuno [artículo] Guillermo Arrieta Muñoz.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile